

LA PRAXIS INTERNACIONAL DEL GOBIERNO DE ALLENDE

por Miguel Bautista

"Teoría y praxis internacional del gobierno de Allende"¹ recoge trabajos que son una muestra más del empeño por destacar la significación de la labor allendista en el plano internacional. Empeño congruente y plausible, dado que el esfuerzo político que encabezó el Presidente Salvador Allende en Chile, no se ha olvidado, sino que se proyecta en la conciencia mundial como un valioso proyecto de liberación de un país del Tercer Mundo. Componen el libro tres ensayos, una cronología de los principales acontecimientos en Chile, de 1492 a 1973, y una bibliohemerografía, elaborados por investigadores del Centro de Relaciones Internacionales de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. El volumen resulta, a nuestro juicio, un apreciable esfuerzo de *interpretación* en base a una visión amplia y justa del tema. Por otro lado, la adición de la cronología y la hemerografía (preparadas por Eduardo Roldán Acosta) nos ayuda a tener una visión sinóptica de la historia chilena y nos brinda información bibliográfica necesaria.

En el trabajo titulado "Estrategia externa del régimen chileno de Salvador Allende", Leopoldo González Aguayo expone los rasgos definitorios de esa estrategia, que son: 1) La afirmación de la plena autonomía política y económica de Chile. 2) El establecimiento de relaciones con todos los países del mundo, independientemente de su posición ideológica y política. 3) Promoción de un fuerte sentido latinoamericanista y antimperialista dirigido a la afirmación de la personalidad latinoamericana en el concierto mundial. 4) Defensa de la autodeterminación de los pueblos como condición básica de la convivencia internacional. En consecuencia, defensa activa para respaldar el principio de no intervención y para rechazar todo intento de discriminación, presión, invasión o bloqueo intentado por los países imperialistas. 5) Reforzamiento de las relaciones, los intercambios y la amistad con los países socialistas.

Ahora bien, el autor explica la razón histórica de estos principios y se muestra agudo al destacar las operaciones políticas principales que los concretaron, tratando de fortalecer la posición de Chile como país soberano. Señala, en primer término, la actividad desplegada para democratizar la estructura de poder internacional a nivel económico y político. Respecto al área latinoamericana, apunta la gran labor en

pro del "pluralismo ideológico" que entusiasma a los países vecinos a fin de desarrollar planes regionales (Pacto Andino) y fomentar relaciones de toda índole, oponiéndose a la concepción brasileña anticomunista de "fronteras ideológicas". Y por fin, esboza la ampliación de las relaciones con países socialistas y de Europa Occidental para lograr la promoción económica de Chile en mejores condiciones externas.

González Aguayo muestra cómo esta política fue dictada por la experiencia histórica chilena, que aconsejaba apartar al país de la esfera de influencia estadounidense, implementando una estrategia acorde con los intereses nacionales genuinos. Congruentes con la política interna, dicha estrategia "hacia todos los horizontes", con el énfasis puesto en la defensa del interés nacional, respondía a un propósito legítimo y válido históricamente: transformar revolucionariamente al país, modificando sus estructuras socioeconómicas y librándolo de los sutiles hilos de la dependencia. Por eso, tal estrategia fue recibida con desagrado por los sectores que en Chile se han mostrado como intermediarios del interés imperial, y en ella concentraron sus ataques, exhibiendo su incompreensión de la situación del país y su condición de personeros del capital extranjero en situaciones tan decisivas como la nacionalización del cobre. Este estudio del profesor González Aguayo resulta bastante explícito y exacto al tratar los factores históricos determinantes de este enfrentamiento, así como en la descripción, básicamente correcta, de la política exterior allendista, ya que pone de relieve las razones profundas —independentistas— que la animaban.

Irene Zea aporta un ensayo sobre la actividad del gobierno de Allende en las Naciones Unidas, destacando la posición chilena frente a asuntos tales como: el derecho del mar, las cuestiones económicas, las corporaciones transnacionales (que tan nefasta labor ilegal tuvieron contra dicho gobierno), los organismos financieros internacionales, etc. En estos renglones, la política allendista era profundamente universalista, al mismo tiempo que celosa del interés económico de los países atrasados. De ahí que apoyara a la ONU y sus organismos especializados, a la vez que "se tenía plena conciencia que sus éxitos o fracasos dependían de la voluntad política de los Estados y de su capacidad para interpretar los anhelos de la mayoría de las naciones. De ellos depende que la Organización sea un foro meramente convencional o un instrumento eficaz", según asienta la autora. (p. 80)

El mérito que vemos a estudios como éste es que contribuyen ampliamente al conocimiento del tema y estimulan —al destacar la ejemplaridad de la política exterior de Allende— la imaginación a la confrontación con líneas políticas similares, como la mexicana en los actuales momentos, que se define también por *claros principios tendientes a democratizar las relaciones internacionales y a lograr un intercambio económico justo*. Obsérvese, al respecto, la similitud de la posición chilena y de la mexicana sobre cuestiones económicas, dice la autora:



"En lo referente a las cuestiones económicas la posición de Chile resultó novedosa. No se va a solicitar que las naciones desarrolladas subsidien el desarrollo económico de las no desarrolladas... sino el simple respeto al desarrollo económico autónomo de cada nación; el respeto a sus derechos a disponer libremente de sus recursos naturales; la condena a las amenazas y agresiones al imperialismo en contra de un determinado sistema económico" (p. 84).

En "Superdeterminismo y enclave militar: Estados Unidos y Chile", Jacobo Casillas y Fernando Flores intentan ubicar el caso chileno en un cuadro global de la política norteamericana. Con su trabajo (de concepción bastante mecanicista y ecléctica) apuntan, sin embargo, aspectos nuevos de la política exterior estadounidense. Se trata de cambios en la estructura del poder norteamericano, determinados por la aparición de un nuevo fenómeno: la fuerza económico-política e ideológica adquirida por el Pentágono. Dicho fenómeno explicaría la prioridad del interés *estratégico-militar* —ideológicamente llamado por políticos y militares "seguridad nacional"— en la política exterior estadounidense. En este esquema interpretativo, el gobierno de la Unidad Popular significaba "una amenaza" para la "seguridad nacional" de los Estados Unidos, "dentro de su propia interpretación de este concepto". Con esta tesis, los autores destacan muy justamente el juego de la política norteamericana respecto a Chile y demás países que pugnan por su liberación, y aluden así al perfil intervencionista-agresivo de la política pentagonista, consistente en propugnar el establecimiento en ellos de "enclaves militares".

Sin embargo, una objeción se ocurre frente la concepción de este ensayo, y es que la óptica "objetivista" empleada lleva a los autores a no valorar realmente la dimensión histórica de la pugna emancipatoria de nuestros pueblos. Se considera la significación y relación de los factores analizados de una manera lineal y no dialéctica; por ejemplo: se toman en cuenta los grupos militares como factores de poder a través de la historia y la formación de las naciones de América Latina, pero se ignoran los esfuerzos democráticos, civilistas e independentistas que caracterizan etapas decisivas de dicho proceso. Por eso, en este análisis sólo aparecen aspectos aislados y parciales del proceso de confrontación entre América

Latina y el imperialismo, quedando en la sombra la dialéctica de dicha confrontación. Esto lleva a los autores a conclusiones fatalistas acerca del proceso chileno y de sus perspectivas. En suma: nosotros consideramos que si bien la aparición de la política pentagonista es un factor muy importante a considerar en el proceso de emancipación de nuestros países, debe entenderse que éste es un proceso dialéctico en que a mayor presión pentagonista puede surgir mayor conciencia y resistencia de parte de los países latinoamericanos.

1 Varios: "Teoría y praxis internacional del gobierno de Allende". Cuaderno 3 del Centro de Relaciones Internacionales. UNAM, México, 1974. 238 pp.

LAS 1000 Y 145 PAGINAS DE BORGES

por Ulyses Petit de Murat

La amenaza implícita en el rotundo título *Borges, Obras Completas* publicadas por Emecé bajo el cuidado fervoroso de Carlos Frías, no se cumplirá.

—Tengo casi terminado un libro de poemas. A nadie le interesan los libros de versos, pero Emecé se anima a publicarlo. También me pidieron una colección de cuentos. Se conformaban con ocho. He escrito doce. Por primera vez, uno de amor. Tenía dudas, porque lo soñé. Claro que no era un sueño como el de Coleridge, así que se lo conté a madre. Me asombró el estímulo que me brindaba al decirme que lo escribiría enseguida. Pero no era para tanto, pues agregó: Si lo dejás para mañana te va a parecer una idiotez.

De nuevo somos uno con Jorge Luis en una de las pocas cosas en que pueden serlo los hombres, en la risa. Fugazmente me tiente el mito Borges y encuentro en mi trasfondo una vaga punzada de lamentación al pensar que ese ejercicio continuo del humorismo verbal, que suele llevarlo a complejas derivaciones surrealistas, no figurará jamás en ninguna nueva edición de sus obras completas. Nada debería perderse de alguien que es una entidad tan invariable que escribe exactamente igual a lo que habla, con las diferencias que marca el dirigirse a la entelequia lector: un poco más de ajuste, de ritmo, de manejo de los borradores inconsistentes que forman la trama de nuestra existencia. Me tranquilizo, pensando que la vida más confesional y propensa a la amistad, a la ternura, queda al final secreta. Estoy contemporáneamente en esa habitación austera de la calle Maipú, con la transparencia casi cienañera de Leonor Acevedo de Borges, un espíritu que de por sí le da vitalidad a ese adjetivo "espléndido", que yo prefiero para resumir mis admiraciones; en un cuarto amotinado de recuerdos que mira al Sur, el otro ambiente con alumnos que se complican en la afición borgiana por las antiguas lenguas sajonas, y él y yo transitando por un aire marchito hace ya tiempo. Vamos divagando sobre la literatura y la muerte por los aledaños de

Ramos Mejía. Los ladridos de los perros, cada vez más cercanos, me impiden concentrarme. El miedo toma el absurdo contorno de esta frase:

—¿Será verdad, Georgie, que los perros no atacan a los hombres desnudos? La réplica disuelve mi intranquilidad en una risotada: —No te preocupés. De eso se encargan los perros.

Estoy también en Nueva York. Leo en el "Times" un telegrama proveniente de París. Dice que el escritor argentino Jorge Luis Borges ha muerto. No lo creo. Anuncié su perdurabilidad en las letras como el primero entre los nuestros y de los mejores producidos por nuestra pequeña cultura de veinticinco siglos, hace años y años. Su obra no me permite desunir esa idea de permanencia con la real. Es la misma voz. Es el mismo estilo magnífico, definitivo. Está en la respuesta que me alcanza en México: "La noticia no era inexacta. Solamente prematura y profética". La alegría de que mi pensamiento se confirme, sufre un apagón brusco. Las líneas han sido escritas por la mano de Leonor Acevedo, por mi amada Leonorcita, la madre incomparable de la dedicatoria de las Obras Completas. La firma comienza a ser un garabato. Desaparecieron esas letritas de miope, que me llegaban cuando estaba muy enfermo en La Rioja, en mi primer episodio pulmonar grave: "¡Salve! Yo creo estar en vísperas de ser corrector final de pruebas de *Conmemoraciones*: colaboración honrosa y tarea que desfogará mi curiosidad. También tengo noticia de los dibujos de la suntuosa María Justina; creo de antemano que la mejor colaboración sería un retrato suyo". Habla de mi primer libro de poemas, publicado en 1929 y de la bella María Justina Darré, que lo ilustró.

Estoy también, a través de esas *Obras Completas*, con Borges frente a Natalio Botana, director de *Crítica*. Dirigimos el Suplemento Literario en colores. Botana tiene fe en los literatos metidos a periodistas, sin necesidad de acordarse de un redactor parlamentario, Charles Dickens, ni del cronista de los tribunales franceses de apelación, André Gide, por haber acertado haciendo de Pablo Rojas Paz, novelista y ensayista, un excelente comentarista de fútbol, de Raúl González Tuñón un sueltista sentimental de primer orden, dentro de una redacción que inscribe los nombres simultáneos de Córdoba Iturburu, Rega Molina, Nicolás Olivari, Sixto Pondal Ríos, Roberto Talice, Florencio Escardó, Enrique González Tuñón, Conrado Nalé Roxlo, Roberto Arlt; más todavía: Luis Cané, Pablo Suero, Jacobo Fijman, Carlos de la Púa, el de "La crencha engrasada". Aún limitándola mucho, la enumeración siempre será sorprendente. Hacemos un violento desplazamiento de cámara para sacarlos de cuadro, de esos desplazamientos que se usaban en las películas de acción que le gustaban a Borges (en una carta me dice: "Esta noche o mañana espero otro regalo importante: sentir en carne propia la inaudita voz de George Bancroft y su carcajada de pelea en *The Wolf of Wall Street*"). Centramos de nuevo a don Natalio Botana, conversando con Borges y Petit. Aunque sean directores del

Suplemento, les ha pedido que colaboren con frecuencia. El primer artículo de Borges le parece bueno, como todo lo que conoce de él. Objeta dos cosas: no está redactado como para un número de lectores que puede llegar a los setecientos mil; el verbo "fornicar" no ha sido impreso por ningún periódico argentino y es un tipo de originalidad que no le interesa demasiado. Borges ha entendido. Desde "El atroz redentor Lazarus Morell", publicado en 1933, se va conformando esa vibrante *Historia Universal de la Infamia*. "Ya el excesivo título de estas páginas proclama su naturaleza barroca", escribe Borges. En este momento, como casi siempre, se adelanta a la crítica, la deja un poco con la palabra inconexa y cortada. Los que quieren ocuparse de Borges, a causa de esta tajante costumbre, tienen que teorizar en forma complicada sobre un escritor de deslumbrante sencillez, continuo y valiente descubrimiento de sus recursos, enumeración prolífica de sus distintas maneras, fuentes y objetivos. Y que únicamente no alcanza a analizar la perfección inaudita de su estilo, a darnos cabal cuenta del mecanismo avasallador de este estilo único, del mismo modo que la pasión no puede enmarcar en palabras los instantes perfectos en que es un puro éxtasis.

Pero la verdad es que se atreve a casi todo. A polemizar con los que lo consideran alejado de lo nuestro, mediante la proximidad patética con un cementerio tan tumultuoso y desagradable como el de la Chacarita, la enunciación estremecida de un crepúsculo en cualquier barriada sin carácter, en suma, la suma de Buenos Aires y de cosas tan argentinas tradicionales como la muerte conjetural de Laprida o la marcha a buscar el mismo misterio, con orgullo desnudo y el valor casi demente de don Facundo Quiroga; se atreve con la eternidad, con la tarea de vindicar la suave imbecilidad de Bouvard y Pecuchet; con los espejos, los tigres, con esos viajes tan difíciles en cuyos tramos finales, metidos en una imposible niebla, aguardan los antepasados, las fundaciones, la patria experimentada —igual que los ángeles— en la alquimia de palabras soberbiamente ordenadas, en los diez y seis libros que se reúnen en la extraña conjuración (también fabulosa, si se piensa en *El Aleph* o *Ficciones*) de estas Obras Completas.

Como en sus conversaciones, lleva al lector, usando una cortesía sutil —mezcla de la que usaban para defender su frialdad los caballeros británicos o su sangre impetuosa los criollos batalladores de antaño— a su terreno. Para influirlo en algo hay que batirse largamente con él. Todavía me parece inesperado que entre mi difunta hermana Judith y yo lo sacáramos de su empecinamiento milonguero para llevarlo al mundo del jazz con el fraseo vehemente de los blues de Handy. Le agrada discutir. De antemano supone que nadie lo ayudará en la ímproba tarea de disipar sus dudas enconadas. A pesar de lo cual no supo tolerar mi languidez polémica, en vísperas de una profunda enfermedad que me aquejaría durante años, y me sacudió un poco mientras me decía: